

nombraba aquel alcaldito, sale al encuentro de un convoy que venía de Córdoba, y de los cincuenta y nueve franceses que lo custodiaban, los cincuenta quedan tendidos en el camino, y los nueve restantes corren á contar á Dupont lo que ha pasado. Entonces Dupont envía mil hombres á Montoro, con encargo de que incendien el pueblo y lleven vivo ó muerto al alcalde. Arde Montoro, y La Torre, conducido vivo, va á ser pasado por las armas; pero un general francés, á quien poco antes había dado hospitalidad, intercede por él; es puesto en libertad: y aquel *petit caporal* de las guerrillas marcha á Sevilla á recibir de la Junta los galones de capitán de ejército.

Pues bien, lo que pasaba en Montoro ocurría en todos los pueblos de la carretera de Andalucía, desde Córdoba hasta Santa Elena. El gigante que incendiaba lugares y destrozaba ejércitos, no podía dar un paso sin encontrar un avispero, y frenético con aquel zumbido, envenenado por los agujijones, maldecía la hora de la invasión. El águila devorada por los insectos, graznaba á orillas del Guadalquivir con hambre y calentura, afir-

lando sus garras en el tronco de los olivos, con el ansia de que llegara pronto la ocasión de destrozarse alguna cosa.

BENITO PÉREZ GALDÓS.

(*Episodios Nacionales.—Batán*)

DIVISIÓN DEL TRABAJO

Y CAMBIO DE PRODUCTOS.

Si el hombre viviera aislado dentro de la sociedad, había de verse muy comprometido para la satisfacción de sus menores necesidades. En primer lugar, para que el hombre se proporcione el alimento necesario, ha de producirlo ó ha de comprarlo. Aislado de los demás hombres no puede verificar lo segundo y tiene por consecuencia que concretarse á lo primero. Esto es evidente; pero ¿podrá el hombre solo, en la hipótesis que persigo, atender á la siembra de diferentes vegetales, regar sus sembrados y recolectar sus productos? Aun reducido á los alimentos más sencillos, ¿podrá proporcionarse leña, agua, sal y tantas otras cosas necesarias en la cocina más modesta? Concederé que sí, para que veas que no trato de negar concesiones.

Pero el hombre en cuestión necesita cobijarse bajo techado, y las reparaciones que haga en su choza, aún pudiéndolas hacer sin auxilio ajeno, le arrebatarán un tiempo que reclaman el huerto que cultiva, el monte que le da leña y el río que le surte el agua.

Además de que, ocupado en estos menesteres, ya comprenderás que no podría cuidar mucho del aseo de su persona y tendría que vestir la histórica hoja de parra, único traje que le sería posible estrenar con frecuencia, á menos de sembrar cáñamo, hilarlo, coserlo, después de ser al propio tiempo labrador, carbonero, aguador, albañil, hilandero, zapatero y sastre. Dice un refrán castellano que quien mucho abarca poco aprieta, y la vida del hombre que te he descrito sería una palmaria confirmación de ello.

Esto te prueba que la sociedad es un inmenso *mercado* donde cada uno vende lo que le sobra y compra lo que le falta. Y con esto he llegado al objeto principal de esta carta, que procuraré explicar con la claridad que me he propuesto.

Digo que el mundo es un inmenso mercado y que todos los hombres son

comerciantes, y estoy viendo que te sonríes maliciosamente, como dudando de la verdad de mis palabras. Comprendo tu idea é insisto en la mía.

—Pues qué, me preguntas admirado, ¿es comerciante acaso mi papá?

—Si tal, te responderé: tu papá, que tiene una gran riqueza de instrucción, la vende y á buen precio por cierto: si no la vendiera os moriríais de hambre en vuestra casa. Sólo que no la vende directamente al mismo que os surte, por ejemplo, de garbanzos: la riqueza de tu padre la compran los estudiantes, asisten á la escuela ó no; estos que la adquieren para revenderla á su vez, entregan á tu papá en compensación una cantidad de dinero que pasa antes por las arcas del Tesoro, dejando algo en ellas. Tu papá distribuye ese dinero dando una parte de él, que representa una parte de instrucción, al propietario de la casa que habitáis; otra parte al carbonero; otra al comerciante de ultramarinos, y otras muchas á las diferentes personas que venden toda clase de géneros ó solamente su trabajo personal, como el criado, la portera ó el mozo de cuerda.

Fíjate ahora en cualquier caso práctico. El labrador produce una gran cantidad de trigo: parte de ella le es necesaria y no puede ni debe venderla; pero toda la demás que le reclama el mercado social, la vende para comprarse la yunta que facilita su trabajo, el arado con que rompe la dura tierra, el traje que le cubre, la cabaña que le guarda y los alimentos que han de acompañar al trigo que se reserva, como hemos dicho.

Quede, pues, sentado, si te place, que la sociedad no es más que un mercado, y que en dicho mercado deben considerarse dos cosas: la *demanda* y la *oferta*.

Demanda, es, como te lo prueba su etimología latina, la suma ó conjunto de artículos que pide, necesita ó exige el consumo.

Oferta es la suma ó conjunto de artículos que constituyen el mercado.

Recordarás que en mi última carta te hablé del *valor*, y quedamos convenidos en que este no existía mientras los objetos no tuvieran limitación. Me alegro mucho de que lo recuerdes, porque me viene de molde tan buena memoria para

que comprendas ahora un principio en que quiero iniciarte, y es la relación íntima que existe entre la oferta, la demanda y el valor. Con efecto, si el mercado lo constituyera una cosa limitada, el aire, por ejemplo, ¿tendría muchos compradores? De fijo que no. Si en lugar de esto estuviera limitado el producto en venta, nacería, como sabes, el valor, que sería tanto mayor cuanto menos abundante fuera aquél. En esto se explica por qué vale más el salmón que las sardinas, y por qué el vino de Valdepeñas y Aragón es más barato que el Champagne, cuya producción es más limitada.

Figúrate ahora por un momento que las plazuelas y comercios se llenan de salmón repentinamente. Sucederá una cosa muy natural. Al principio abaratará algo para llamar compradores; conforme vayan éstos cansándose del salmón, este alimento será menos buscado y los comerciantes se verán obligados á bajar más su precio para que las personas que no podían pagarlo á cuatro lo compren á tres, á dos ó á uno.

El valor, por lo tanto se halla en relación directa con la demanda é inversa

con la oferta. Más claro: si hay poco salmón de venta y muchos que desean comprarlo, su valor será muy crecido: si hay mucho salmón de venta y pocos que lo deseen, su valor llegará á ser insignificante.

Si aun abrigaras alguna duda sobre este asunto, compra un objeto cualquiera y vete á venderlo inmediatamente á otra parte. Al comprarlo, tu demanda presta valor al objeto: al venderlo, tu oferta te lo roba. La relación entre la oferta, la demanda y el valor te llegaría á arruinar, aunque fueras un Creso, si no me creyes bajo mi palabra.

En mi próxima carta seguiré explanando esta materia; para cerrar esta, quiero repetirte que *el valor está en relación directa con la demanda é inversa con la oferta.*

Conviene que no lo olvides.

M. OSSORIO Y BERNARD.

(Cartas á un niño sobre Economía Política)

VALLE DE FLORES

Para llegar desde Madrid es menester recorrer uno de los radios más extensos

de la Península, andar más de cien leguas en dirección del Norte, atravesar grandes montañas y trasponer los últimos ramales de la gran cadena del Pirineo, que ciñe la frente de nuestra Península desde las Fuentes del Ebro hasta las rocas del promontorio Trileuco. Y allá, cuando las enriscadas cumbres se han vencido, cuando la brisa húmeda del Océano advierte la proximidad de la costa, y que la escarpada cordillera se deja para siempre á la espalda, todavía encuentra el viajero delante de sí el formidable estribo de otra última sierra, que, más irregular y más quebrantada, le suspende entre nubes y entre riscos, cuando ya creía pisar las arenas abatidas de las olas. Desde aquellas cimas ve el mar y sus plantas, como un abismo. Sepárale solamente de su orilla una zona de verdura y rocas, sino que aquella, que desde la eminencia parece angosta faja, son aún cuatro ó seis leguas de rápido declive. Miranse de allí, como avanzando una garra sobre el Océano, los botareles de la montaña, que entran, elevados y perpendiculares, en medio de las ondas; y las sinuosidades, por donde,

entre los enormes dedos del gigante, penetra el mar á recibir los raudales de corta corriente, en que se reunen, de promontorio á promontorio, todos los manantiales que despiden las altísimas laderas. Ni son de la misma extensión y anchura aquellos infinitos senos, ríos, golfos y radas de la variada costa. Hay puertos espaciosos, donde, en torno de magníficos remansos, se elevan, en leguas de circuito, anchurosos anfiteatros de praderas y verdes colinas y fértiles labranzas, cubiertas de población innumerable. Hay gargantas más angostas, en que, casi perpendicular el tajo del monte sobre las aguas, sólo ha dejado á un lado y otro del río que allí muere, pocas millas de vega para la morada del hombre; recintos, es verdad, donde la naturaleza empezó la estrechez del espacio y la aspereza del suelo con la riqueza suntuosa de la vegetación y con la magia de la perspectiva. En el fondo, cabe las arenas del mar y sobre las aguas del río, el acarreo de los desprendidos aluviones reproduce, al abrigo de los encaramados cerros, las flores y los frutos del ardiente Mediodía, mientras que el

hombre, no cabiendo en el angosto valle, conquistó la ladera y la colina, arrastró afanoso, hacia el pico de la empinada cresta, prodigios de cultivo y torrentes de sudor, y descuajó, capa por capa, y barranco por barranco, los zócalos y pedestales de la cordillera. Casas y aldeas, viñedos y pomares, labranzas é iglesias, se elevaron de grada en grada, hasta los altos pinos que se cimbrean sobre la roca ó la ermita de la última cresta; grandioso anfiteatro, desde cuyos tejados y verdes tendidos se pueden contemplar sin envidia las mieses doradas del llano ó la frondosidad de la vega. El horizonte cerrado de aquellos pintorescos recintos tiene siempre abierto un frente, como el escenario de un inmenso teatro; sólo que aquel telón, eternamente descorrido, muestra por el foro el mar, sin límite ni barrera, con el espectáculo incesante de sus grandezas infinitas. Las tempestades hiperbóreas llegan alguna vez hasta aquellas aguas, que no tienen valladar, desde el Polo, haciéndolas rugir con truenos de días y noches, ó bien azotan las rocas y las playas con el furor de los huracanes del Trópico; pero la ribera,

abrigada en el regazo de los montes, permanece tranquila y templada, y ni las inclemencias mismas del invierno la despojan de su eternamente juvenil verdura...

Por aquellas orillas, ni hay grandes ciudadanos ni páramos desiertos. No hay allí lugar ni camino para recintos populosos; pero no hay tampoco senda ni quebrada por aquellos contornos que no conduzca á la vivienda del hombre, ni campo ni seto que no revele cercana, aunque casi siempre emboscada y escondida, la mano que le cuida, la familia que alimenta. Por entre aquellos grupos desparramados de casas de piedra cárdena, revestidas por el Norte de hiedra, sombreadas al Mediodía de pomposos árboles frutales, descuella, con su tosca espadaña ó con su puntiagudo caballete, la iglesia parroquial de cada aldea, ó ermita que consagró, por milagrosa y bienhadada, la devoción de aquellos valles. También los rústicos y sencillos templos están rodeados de árboles y de emparados: también se apoyan contra las quebradas pintorescas, ó se asoman sobre las pendientes peligrosas ó sorprenden

los ojos al súbito revolver de las agrias cuestras. También conducen á su puerta senderos floridos, orillados de madreleiva y zarzamora. También circundan sus rústicos atrios lozanos vallados de boj oloroso, mezclado con el laurel silvestre, enemigo del rayo. A veces, cerca del sagrado baptisterio, murmura el arroyo que desciende de la eminencia; á veces, de las mismas paredes de la capilla venerada trasuda la fuente, que los ediles aldeanos adornaron con su concha y bebedero, ó con una urna, que parece un nicho sepulcral; á veces, á través de aquellas construcciones, la naturaleza ha hecho brotar saltadores no menos bellos que los que el genio de Oriente hizo descender por las escaleras del Generalife, y á veces la sombría pizarra del templo se tiñe con aquel viso oscuro y melancólico que allá, sobre las riberas de la Hausse, entre las nieblas donde nació Cromwell y donde se inspiró Milton, conservan severas las antiguas abadías. El cementerio está al lado de la Iglesia, como en las calles de Londres, y las danzas de las romerías forman sus animados corros entre las sepulturas, como en los

paisajes del Pussino. Sin duda que las orillas del río ó las playas del mar han parecido sitios demasiado públicos y descubiertos á esta religión pudorosa y amiga del silencio. Cuando, desde el rompimiento de las primeras gargantas, se empieza á descubrir el valle, á donde vamos llegando, los campanarios y las iglesias se presentan escalonados y guarecidos contra el declive mismo de la montaña. Pero allá, muy en la hondonada, sobre la corriente del río como dique ó tajamar del último recodo que forma, para encaminarse rectamente al Océano, alcánzase á ver de toda aquella vega una fábrica modesta, cuyas proporciones la distinguen desde luego entre las demás construcciones del campo; cuya torre, más regular y más elevada, anuncia de lejos más respetado rango y más importante destino que las humildes parroquias.

Aquel es un convento; siéntase en el centro de la vega, sobre el vértice meridional del ángulo que cierra, estrechando el cauce del río, la ensenada que forma un puerto: rodéanle á alguna distancia casas pobres: habitanle dentro

vírgenes del Señor. Por el Norte, sus rejas miran al mar: por el Mediodía, la Iglesia abriga al monasterio de los encañados vendavales: al Poniente, le separa sólo del río un jardín con elevadas tapias: al Oriente, le domina y sombrea un camino de cornisa, carretera y paseo de un pueblo cercano. Considerado el valle como un templo, aquel edificio ocupa el lugar que el coro de nuestras catedrales, y al entrar por el puerto el navegante, blanquea á sus ojos como una ara antigua, en el último término de las playas, aquel santuario, desde donde suben diariamente al cielo preces que el mundo ignora.

De aquel religioso retiro no puede propiamente decirse que es una soledad; la habitación del hombre de los campos se descubre por todas partes; algunos días la nave espaciosa de la Iglesia se llena de reverente multitud de fieles, y las campanas de su torre dan la señal de la oración é indican las diversiones del día á más de dos mil familias. La vega, donde prevalecen al aire libre los naranjos y la esbelta palma Christi, no será un riguroso clima, ni debe ser un yermo desolado el santuario que dió á su excelsa pa-

trona la graciosa advocación de Virgen de VALLE DE FLORES; pero el horizonte es cerrado y triste: las vecinas montañas limitan la vista por donde quiera: el hombre se ve por todas partes; pero el mundo está muy lejos, y quien desde aquellas rejas se pusiera á escuchar algún ruido, no oiría en todo el año sino el bramar de las ondas, el chirrido de las carretas de labranza y el gorjeo de los innumerables pájaros que pueblan aquellas frondosas arboledas...

NICOMEDES PASTOR DÍAZ.

(De Villahermosa á la China)

EL EMIGRADO.

Lejos, muy lejos de mí la idea, no ya de escarnecer ó ridiculizar al infortunio, mas ni aún de procurar siquiera remotamente disminuir el respeto y la simpatía que á todos debe inspirar la triste suerte de los proscritos. En todos los tiempos la proscripción se ha considerado como el más duro de los castigos, después de la pena de muerte. Apartar á un hombre violentamente del seno de su familia, del suelo siempre querido donde por vez

primera se abrieron sus ojos á la luz del sol; desprenderle como un miembro podrido del gran cuerpo nacional, condenarle implícitamente al aislamiento y á la miseria, ¿no es por ventura un resto de la antigua barbarie? ¿No es este un acto impío y abominable á los ojos de Dios? Y cuando se considera que el motivo ó el pretexto de este tremendo castigo es, ya un simple error político, ya un exceso tal vez de amor patriótico, tentaciones dan de ver todavía en las proscripciones modernas, como en el ostracismo de la antigua Grecia, una verdadera expiación impuesta á la virtud y al genio por el egoismo y la medianía.

Circunscribiéndonos á nuestra España, es cierto que los hombres que más la honran en virtud, en letras y en armas han comido, en alguna época de su vida, el pan amargo del destierro, esa triste y solemne sanción del mérito en estos borrascosos tiempos que alcanzamos. Esto basta para honrar, digásmolo así, el carácter de *Emigrado*; pero, á la sombra de tantas ilustres víctimas del mezquino encono de nuestras pasiones políticas como cuentan en España todos los partidos, ha

llegado á formarse una turba parásita y bastarda de hombres sin vergüenza que han convertido el infortunio en profesión, la emigración en industria, y que son á la respetable clase de los verdaderos Emigrados, lo que es la moneda falsa á la de buena ley, una plaga para lo que llaman ellos su partido, una deshonra para la patria que no merecen.

Entre estas dos grandes divisiones fundamentales del ente *Emigrado*, que son el *legítimo* y el *bastardo*, hay una multitud de matices que, aunque someramente, iremos describiendo en este cuadro copiado del natural. Desde luego se presentan dos clases, separadas entre sí por una distancia verdaderamente inconmensurable, cuales son el Emigrado *rico* y el Emigrado *pobre*: estas dos clases apenas tienen entre sí el menor punto de contacto. Las diferencias de instrucción, de talento, de carácter separan mucho á los hombres; pero las separaciones que establecen entre ellos, lo mismo en la emigración que en el estado normal de la sociedad, son estrechas zanjillas, pequeños surcos, ¿qué digo? verdaderas líneas matemáticas en comparación del insondable

abismo que abre entre unos y otros la diferencia de caudal. Así el rico discreto, Emigrado ó no Emigrado, se roza sin dificultad con el rico tonto; el pobre instruido ¿con quién se ha de rozar más que con otro pobre, aunque sea un asno? Hablamos en general: á esta regla hay muchas excepciones, honrosas para los pobres que las forman, más honrosas para los ricos que las facilitan.

Antes de pasar adelante, establezcamos bien aquí el valor de las palabras. Las emigraciones, como nadie ignora, se dividen en voluntarias y forzosas. Las primeras, muy frecuentes en los tiempos antiguos, lo son todavía en los modernos más de lo que generalmente se cree. Hay también emigraciones *temporales* y emigraciones *perpetuas*: estas pueden incluirse en la categoría de las forzosas, pues rarísima vez deja de motivarlas una absoluta necesidad, como el exceso de la población respectivamente á los recursos del terreno; esta es la causa más general de las emigraciones: de ellas nos ofrecen continuos ejemplos la Alsacia en Francia, la Inglaterra, la Alemania y alguna de nuestras provincias del Norte. Excusado

es decir que no es de estas emigraciones de las que hablamos. *Emigrado*, en la acepción en que tomamos aquí esta voz, que es en el día la más común, es el hombre que no puede residir en su patria *bajo la protección de la ley común*, que es lo que generalmente se llama el *Emigrado político*, único en que por ahora vamos á ocuparnos. Obsérvese bien la expresión que hemos subrayado, *bajo la protección de la ley común*, porque ella es la que expresa cuál es el verdadero carácter que distingue al *Emigrado* en la gran familia social. La ley común no alcanza al *Emigrado*, este está sujeto á la ley excepcional. La ley que rige para el salteador como para el vecino honrado, para el grande como para el pequeño, no rige para el *Emigrado*, por el mero hecho de serlo, y esto es lo que le distingue esencialmente de todos los demás ciudadanos. Expliquemos esto por un ejemplo, pues es necesario penetrarse bien de la índole de esta proposición para percibir bien la gran diferencia en el fondo, aunque pequeña en apariencia, que media entre lo que hemos llamado el *Emigrado legítimo* y el *bastardo*. Supongamos que

entran en España y son cogidos por la autoridad un hombre que ha cometido un delito ó un crimen cualquiera, y por el cual estaba fugitivo, y un *emigrado*: el primero, por grande que sea el crimen que cometió, será juzgado por un tribunal ordinario con arreglo á la ley que rige para todos los españoles: el segundo lo será en virtud de una ley excepcional, dictada siempre por la pasión, casi siempre por la injusticia. Esto es lo que hace tan digna de interés la condición del *Emigrado*, esta es la causa por que en todos los países cultos donde no dominan las *pasiones* ó la *injusticia* que dictaron la ley de proscripción, se mira á los *Emigrados* con respeto, y se les acoge como á hermanos; esta es, en fin, la razón por que conviene tanto distinguir bien en la gran masa de los *Emigrados* la categoría de los que lo son por motivos políticos, de los que lo son por delitos comunes. A veces es muy difícil distinguirlos; en las emigraciones modernas, resultando casi siempre de las guerras civiles, la línea divisoria entre ambas categorías suele desaparecer con frecuencia, y se necesita un gran criterio para suplirla; pero estos

casos son raros, porque muy raros son los delitos verdaderamente tales, que puede justificar cumplidamente la opinión política del delincuente. Es admirable, sin embargo, ver hasta qué grado se hacen ilusión en este punto algunos hombres: muchos he conocido yo que de muy buena fe miraban como *Emigrado político* al asesino ó ladrón fugado que mató ó robó so color de exaltación en sus opiniones, como si los actos de robar y de matar dejaran de ser crímenes ordinarios y se convirtiesen en crímenes políticos por sólo ejercerlos contra persona de distinta opinión. ¡Pues esta casta de Emigrados entra por una gran suma en la mayor parte de las emigraciones!

EUGENIO DE OCHOA.

(Los Españoles pintados por sí mismos.)

RECUERDOS LITERARIOS.

REMINISCENCIAS BIOGRÁFICAS DEL PRESENTE
SIGLO.

Es un hecho universalmente reconocido, y también deplorado por cuantos en España se ocupan en históricas investi-

gaciones, que entre nosotros escasean, tanto como entre los franceses abundan, los libros que se llaman *Memorias*, no sin propiedad, puesto que en ellos se consiguan hechos de que el autor ha sido testigo, y se describen caracteres con quienes en contacto, más ó menos directo, se ha encontrado, y cuyo recuerdo, relativamente hablando, reciente, le habilita para pintarlos con genuinos y vivos colores.

¿Será que la pereza española explique ese fenómeno, ó deberemos atribuirlo á que haya en nuestra índole mucho menos de *personalismo* y algo más de modestia, que en la de nuestros traspirenáicos vecinos? — De todo puede haber en ella: perezosos, en efecto, lo somos bastante en esta tierra de garbanzos, y, aunque á los desvanecimientos de la vanidad sujetos, como todos los hijos de Eva, no vamos tan lejos en la materia, generalmente hablando, como los franceses.

Pero sea como quiera, de hecho somos poco dados á escribir *Memorias*, y ese elemento, precioso para el historiador de una época cualquiera, cuando á utilizarlos acierta con sana crítica, falta, ya lo

dijimos; falta, generalmente hablando, en nuestros archivos y bibliotecas.

De ahí que, hasta ahora al menos, sean tan raros los libros referentes á la patria historia que interesen y atraigan al común de los lectores, cuya masa, y no sin razón, se paga más que de la erudición, siempre árida, del movimiento dramático en las narraciones, y, sobre todo, de la animación, por decirlo así, de los personajes que en la acción intervienen; animación imposible de lograr cuando el que escribe no ha podido estudiarlo en su vida íntima, ni apreciar su carácter más que por sus actos meramente oficiales.

Y si respecto á la historia política es de lamentar la falta de que vamos tratando, tanto ó más nos lo parece en la historia literaria, pues por más que se haya dicho que «el estilo es el hombre,» y que «por la muestra se conoce el paño,» la verdad es que muy frecuentemente, juzgando de las personas de los escritores por sus obras, hay riesgo de cometer gravísimos errores.

Séneca, aunque pagano, casi ascético en sus lucubraciones filosóficas, era un cortesano, y cortesano de Nerón, intere-

sado, amante del lujo y sibarítico en sus costumbres.

Nuestro Quevedo, licencioso en su lenguaje, y detractor encarnizado de las mujeres y del matrimonio, fué, no obstante, un excelente esposo y un hombre de muy morigerada vida.

Richardson; el autor de la *Clarisa Harlow*, novela en que creó un tipo de seductores, en Lovelace, que es acaso el único que con nuestro *Don Juan Tenorio* equipararse puede, era un honrado impresor, que no había cursado nunca más que la escuela pública de primeras letras de su pueblo, dos veces buen casado y padre de seis hijas, á quienes sucesivamente iba leyendo las *Cartas* de que consta su admirable libro, á medida que escribiéndolas iba.

Tirso de Molina, el creador ingenioso de los caracteres de *Marta la Piadosa* y de la *doña Magdalena*, del *Vergonzoso en Palacio*, era, sin embargo, un religioso ejemplar, no menos que docto.

Y es que, fuera de muy contadas excepciones, los escritores, al tomar la pluma, hacen, sobre poco más ó menos, lo que el comediante al desempeñar su

papel, ó si se quiere comparación más poética, lo que la Sibila al ocupar la tripode, procurar olvidarse á sí mismo, para revestirse del artificial carácter que á su literario propósito cuadra.

Luego el ingenio tiene, como los astros, sus apogeos y sus declinaciones; como la humanidad, sus bacanales y sus arrobamientos; como el cuerpo en que habita, sus horas de vigor y sus momentos de flaqueza. Las vicisitudes de la vida, además, las circunstancias del momento, á cuya influencia ningún mortal puede sustraerse, las ideas, los sentimientos, el gusto, las precauciones de la época en que el escritor florece, son otros tantos elementos que muy poderosamente influyen, y es inevitable que influyan en sus obras, modificando siempre, y con frecuencia alterando fundamentalmente el reflejo que de la personalidad del autor quiere buscarse en sus obras.

PATRICIO DE LA ESCOSURA.

(Ilustración Española y Americana.)

EL INDIANO

Si Dios en sus justas iras no hubiera roto las cataratas del cielo y levantado los mares sobre el nivel de la tierra; si Isabel la Católica no hubiera cedido á las súplicas de un extranjero que mendigara de trono en trono algo de protección en cambio de un nuevo mundo, no habría en España á quien aplicar con exactitud la calificación de Indiano. Noé, demostrando desde el arca á sus descendientes cómo podían surcarse las olas con el auxilio de frágiles leños; Flavio Gioia, regalando á los navegantes desde el bello recinto de Amalfi su portentoso invento de la brújula para que sin temor alguno se desviasen de las costas; Colón, señalando á sus compañeros de viaje regiones desconocidas desde la popa de sus carabelas; Diego Velázquez, Hernán Cortés y Francisco Pizarro, con la conquista y gobernación del territorio de América, prepararon al Indiano el teatro de sus glorias, la palestra de sus aventuras. Y, sin que haya vuelta de hoja, la existencia del tipo que nos ocupa va unida á la historia de tan insignes